

LAS VÍRGENES PRUDENTES Y EL DESEO DE LA ESPOSA

LA MÍSTICA NUPCIAL EN MT 25,1-13

Fray Julián de Cos, O.P.

La parábola de las diez vírgenes sólo aparece en el Evangelio según san Mateo. Jesús la narró a sus discípulos en el Monte de los Olivos, dos días antes de la fiesta de la Pascua judía, en la que Él dio la vida por nuestra salvación (cf. Mt 26,2).

LA MÍSTICA NUPCIAL

«Entonces se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuza de aceite con las lámparas» (Mt 25,1-4).

Todo parece indicar que Jesús está describiendo en esta parábola una parte de las complejas bodas que se celebraban en Palestina en aquella época. Jesús habla del «esposo», porque, como bien sabemos por el desposorio de la Virgen María con José (cf. Mt 1,18-19), una vez que las familias acordaban la boda, ambos contrayentes pasaban a ser considerados esposos, aunque no viviesen juntos ni se hubiese celebrado la boda.

Muy probablemente, las ceremonias nupciales de Palestina en tiempos de Jesús comenzaban en la casa del esposo, donde él acordaba con el padre de la esposa la dote que ella debía recibir. Al atardecer, el esposo – rodeado de un cortejo festivo– se dirigía a la casa de la esposa para recogerla. Allí le esperaba una comitiva formada por un grupo de jóvenes solteras que recibían en la puerta al esposo. Entonces entraban en la casa de la esposa y allí se celebraba un banquete. Después todos juntos iban a la casa del esposo a celebrar la boda y a disfrutar de un segundo banquete.¹

Podemos interpretar esta parábola desde el punto de vista de la *mística nupcial* de la que habló Orígenes de Alejandría (ca. 185-254) comentando el Cantar de los Cantares², donde el esposo es Cristo y la esposa es nuestra alma, y que tanto popularizó santa Teresa de Jesús (1515-1582) en su obra *Moradas del castillo interior*, cuando en las *Séptimas*

¹ Cf. Joachim JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella ³1974, 209-214.

² ORÍGENES, *Comentario al Cantar de los Cantares*, Ciudad Nueva, Madrid, 1994.

moradas llama «matrimonio espiritual» al más alto nivel de maduración interior. Así lo expresa santa Teresa:

«Esperanza tengo que, no por mí, sino por vosotras, hermanas, [Su Majestad] me ha de hacer esta merced, para que entendáis lo que os importa, que no quede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas, pues trai tantos bienes consigo como veréis» (7M, 1, 2)³.

Se llama «matrimonio espiritual» porque el creyente se siente tan íntimamente unido a su Esposo que, parafraseando a san Pablo, *ya no es él, es Cristo quien vive en él* (cf. Gal 2,20). Y así, tras haber superado las etapas de principiante y de avanzado, el creyente alcanza la cumbre, la perfección espiritual, que es la tercera y última etapa de la maduración interior. También es llamada *unión mística*, porque la unión con Cristo no se logra ascéticamente, es decir, con el mero esfuerzo del creyente, sino que éste, pasivamente, debe dejar que Dios purifique su corazón. Dado que es Dios el que actúa (y no el creyente), es un proceso místico. Pero dicho proceso provoca en el creyente una dura crisis.

LA CRISIS ESPIRITUAL

«El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas» (Mt 25,6-7).

En la parábola se nos dice que el esposo tardó tanto en llegar a la casa de la esposa, que las jóvenes se habían quedado dormidas. Estas tardanzas se debían a desacuerdos con la dote de la esposa. Dicha dote la aportaba el padre de la esposa, para que ella la llevase al hogar que iba a crear con su esposo. Cuanto más «valiosa» era la esposa, ya fuese por su nivel social, su inteligencia, su belleza o por alguna destreza, mayor debía ser su dote. Por ejemplo, la hija de un importante terrateniente recibía mucha más dote que la hija de un pobre panadero. El hecho es que a veces se daba el caso de que el esposo consideraba que su esposa valía más de lo que decía el padre y, en consecuencia, reclamaba para ella una dote mayor. Por ello, cuando el esposo se retrasaba en llegar a la casa de la esposa, esto significaba que él valoraba mucho a su esposa y no había cedido hasta que el padre había pagado la dote que ella merecía.⁴

³ TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, BAC, Madrid 2003, p. 567.

⁴ Cf. JEREMIAS, o.c., 209-214.

Estos entresijos de las bodas palestinas los conocían muy bien los discípulos de Jesús. Lo que aún no sabían es que Él, simbólicamente, les estaba hablando de lo mucho que valora el alma de toda persona, y de su gran deseo por unirse a ella. También les decía que, para que esto sea así, dicha alma debe madurar y purificarse, lo cual no es fácil, como veremos a continuación.

En la parábola se nos dice que el esposo llegó a la casa de la esposa a medianoche, en la oscuridad. En efecto, antes de alcanzar la *unión mística* con Cristo, el alma humana pasa por un periodo de purificación o crisis espiritual, pues es necesario que el interior del creyente se prepare para acoger a su nuevo Inquilino. Es una experiencia muy dura a la que san Juan de la Cruz (1542-1591) llamó, precisamente, «noche oscura». Este autor distingue entre dos «noches»:

La *noche activa del alma* es provocada –ascéticamente– por el propio creyente cuando todavía es un principiante o está dando sus primeros pasos como avanzado. Entonces, guiándose por las virtudes teologales, él mismo somete a un proceso de transformación su memoria, entendimiento y voluntad⁵.

La *noche pasiva del alma* es mucho más dura. Suele acontecer cuando el creyente está bien asentado en el grado de avanzado. Ahora es el propio Dios quien pone al creyente en el camino hacia el estado de *unión mística* (o matrimonio espiritual). Entonces el creyente pasa por un periodo de tinieblas, a la espera de que el Amado llene su corazón. Es un doloroso proceso purificador, obrado –místicamente– por Dios en el interior del creyente. San Juan de la Cruz lo explica en el segundo libro de la *Noche oscura*. Veamos un fragmento:

«Esta *Noche oscura* es una influencia de Dios en el alma que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplación infusa, o MÍSTICA TEOLOGÍA, en que de secreto enseña Dios [a] el alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo» (2N 5,1)⁶.

Algo que desconcierta mucho al creyente cuando está inmerso en una crisis espiritual, es que no sabe cuándo acabará ese suplicio. Porque eso depende de Dios, no del creyente. Una crisis espiritual puede durar pocas horas o varios años. En el caso de santa Catalina de Siena (1347-1380)

⁵ De ello habla en los libros segundo y tercero de la *Subida*, y en el *Cántico espiritual*, 12.

⁶ JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, BAC, Madrid 2002, p. 527.

fueron dos años terribles, que concluyeron cuando experimentó su «desposorio místico» con Cristo, que veremos al final (cf. I, 11)⁷.

EL DESEO CONTINUO

«Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas» (Mt 25,8-10).

¿Con qué esperamos la llegada de Cristo a nuestro corazón? Por una parte, debemos estar atentos con nuestros sentidos, porque en el momento más imprevisto Él se puede hacer presente en nuestra vida, ya sea por medio de la belleza de una flor, la lectura de un salmo o la conversación con un amigo de confianza.

Pero santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274) nos dice que, mucho más importante que los sentidos es nuestro deseo, pues es imposible tener nuestros sentidos siempre alerta (cf. STh II-II, 83, 14). Entre otras cosas, todos tenemos que dormir y realizar labores que requieren de toda nuestra concentración. Sin embargo, hagamos lo que hagamos, incluso durmiendo, podemos desear estar junto a Cristo. Así es, sólo el deseo es capaz de velar en plena oscuridad, sin saber el día ni la hora en que el Esposo llegará a nuestro corazón. Dice santa Catalina de Siena en su *Carta 154*:

«Toda persona está obligada a orar continuamente, que es el verdadero fuego y deseo asentado en la caridad con Dios y con el prójimo. El deseo ora siempre, es decir, el amor caritativo ora continuamente, en todo lugar y tiempo en que la persona se halle y en lo que realice. ¿Qué fruto recibe de ello?: una serena tranquilidad dentro del alma, una voluntad acorde y sujeta a la razón, de modo que nada la turba»⁸.

De ese modo, mientras las vírgenes necias –es decir, los sentidos– no estuvieron preparadas para la llegada inesperada del Esposo, las vírgenes prudentes –esto es, el deseo– sí lo estuvieron, pues tenían el «aceite» del amor caritativo que alimenta la llama de dicho deseo. Y así, efectivamente,

⁷ Cf. RAIMUNDO DE CAPUA, *Leyenda del Bto. Raimundo*, en *Santa Catalina de Sena*, en *Santa Catalina de Sena*, El Santísimo Rosario, Vergara 1926, pp. 1-337, pp. 70-78.

⁸ CATALINA DE SIENA, *Transforma tu corazón. Cartas espirituales de santa Catalina de Siena*, San Esteban, Salamanca 2019, 89-90.

fue el deseo el que recibió al Esposo y lo introdujo en el corazón de la esposa. Y allí disfrutaron del banquete nupcial.

Como vemos, el deseo intenso y continuado es clave para madurar espiritualmente. En su *Libro de la Vida*, santa Teresa nos dice que cuando aún era bastante inmadura interiormente, un día, contemplando la imagen de un Cristo flagelado que había en el oratorio de su celda (en el monasterio de La Encarnación de Ávila), ella experimentó lo siguiente:

«Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese de una vez para no ofenderle [...]. Paréceme le dije entonces, que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicava. Creo que cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces» (V 9, 1. 3)⁹.

Fue el ardiente deseo que santa Teresa tenía de unirse más íntimamente a Cristo, lo que propició su conocido proceso de maduración interior, que la llevó hasta alcanzar el matrimonio espiritual. Y ese deseo ardía con el amor caritativo que había en su corazón.

Las vírgenes prudentes no prestaron su aceite a las necias porque el amor caritativo nadie nos lo puede prestar, sino que proviene del Espíritu que habita en nosotros: la fuente de «agua viva» que hay en nuestro «pozo» interior (cf. Jn 4,10-14).

LA ORACIÓN DE RECOGIMIENTO

«...y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora» (Mt 25,10-13).

Cuando llegamos al final de la parábola podemos ver que, simbólicamente, hace una cierta referencia a la *oración de recogimiento*. De ella nos habla Jesús cuando nos dice:

«Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará» (Mt 6,6).

⁹ TERESA DE JESÚS, o.c., 63-64.

Jesús nos invita a buscar un lugar apartado y tranquilo para orar. Pero sobre todo nos anima a entrar en nuestro «cuarto», es decir, en nuestro corazón y, tras cerrar la puerta al bullicio del mundo exterior, nos pide que hablemos con Dios en lo secreto de nuestro corazón, sabiendo que es un Padre amoroso. O, como diría santa Teresa: «tratando a solas con quien sabemos [que] nos ama» (V 8,5)¹⁰. De este modo de orar habla fray Juan Taulero (ca. 1300-1361) en su *Sermón 70*:

«Este es, queridos hijos, el recogimiento esencial, al que favorece de manera especial el silencio de la noche y la soledad apacible. Por eso, cuando el hombre ha disfrutado de un buen sueño antes de [el rezo comunitario de] Maitines [que se reza a medianoche], debe sustraerse a todos sus sentidos y facultades sensibles. [En efecto,] una vez acabado el rezo de Maitines, [dicho hombre] debe recogerse en lo más íntimo de su alma con todas sus facultades y abismarse trascendiendo toda forma e imagen, más allá de todos los sentidos» (S 70, 6)¹¹.

Probablemente, quien mejor ha hablado de la oración de recogimiento es el franciscano fray Francisco de Osuna (1492-1540) en su *Tercer abecedario espiritual*. De hecho, santa Teresa conoció este modo de orar leyendo este libro (cf. V 4, 7)¹². Para practicar el recogimiento, Osuna nos recomienda dejar en suspenso el pensamiento, concentrarnos en Dios con ánimo alegre y vivir en el amor (cf. t.14, c.5.)¹³.

En la *Carta 26*, santa Catalina anima a su sobrina sor Eugenia a practicar la oración de recogimiento, a la que llama genéricamente «oración mental»:

«De este modo, se llega a la tercera y última oración, la mental, en la que se recibe el fruto de los padecimientos que sufre el alma en la oración imperfecta. Aquí saborea la leche de la verdadera oración. Se eleva sobre sí misma, es decir, sobre las vulgares percepciones de los sentidos y, con mente angélica, se une a Dios con sentimiento de amor. Además, con la luz del entendimiento ve, conoce y se viste de la verdad»¹⁴.

¹⁰ *Ibid.*, o.c., 61.

¹¹ Juan TAULERO, *Sermones. El abandono interior y el nacimiento de Dios en el fondo del alma*, (www.dominicos.org) Salamanca 2022, p. 720.

¹² TERESA DE JESÚS, o.c., pp. 42-43.

¹³ Cf. FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer abecedario espiritual*, Documenta Omnia Catholica, 384-386.

¹⁴ CATALINA DE SIENA, o.c., 178.

ALCANZAR LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL

Hemos visto cómo el deseo conduce al Esposo dentro del corazón del creyente, cerrando la puerta al ruido y el caos que captan sus sentidos. Es así como el alma puede recogerse interiormente, centrando toda su memoria, inteligencia y voluntad en Cristo, para poder estar junto a Él.

Pues bien, estando santa Catalina practicando la oración de recogimiento (habiendo sufrido dos duros años de «noche oscura», en los que nunca dejó de desear ardientemente que Cristo volviera a hacerse presente en su vida), ella alcanzó el «desposorio místico». Así es, mientras en la ciudad de Siena sonaban bulliciosamente los Carnavales, supo cerrar la puerta de su corazón a todo aquello, con su amoroso deseo recibió gozosamente a su Amado y, entrando junto a Él en lo secreto de su corazón, se desposó con Él. Su confesor y amigo espiritual, el beato Raimundo de Capua (ca. 1330-1399), lo narra así en su *Vida de santa Catalina de Siena* (o *Legenda maior*):

«El alma de Catalina atesoraba de día en día más gracia del Salvador. Volaba, más bien que corría, por las sendas de la virtud, y concibió el santo deseo de llegar a una fe tan perfecta, que nada pudiese separarla del Esposo, a quien quería agradar. Púsose entonces a pedir a Dios que le aumentara la fe y la hiciera de tal modo firme que ningún enemigo fuese capaz de destruirla ni perturbarla. Nuestro Señor le respondió: *Yo te desposaré en la Fe*. Y todas las veces que Catalina renovaba su súplica, le volvía Jesucristo la misma respuesta. Un día, cerca de la Cuaresma, cuando los cristianos dicen adiós, con sus locuras, a los alimentos que la Iglesia va a prohibir, Catalina se retiró en su cuarto para gozar allí más íntimamente de su Esposo por medio del ayuno y la oración. Y repitiendo su súplica con más fervor que nunca, el Señor la dijo: “Puesto que tú has huido de las vanidades del mundo y de los placeres de la carne y has puesto los deseos de tu corazón en Mí sólo; mientras tu familia se goza en comidas y fiestas profanas, quiero celebrar contigo el matrimonio que me unirá a tu alma. Te voy a desposar en la Fe, según mi promesa”» (I, 12)¹⁵.

Cada proceso espiritual es diferente, pues depende de la sabia voluntad divina. En el caso de santa Catalina, tras haber experimentado su «desposorio místico» con Cristo, tuvo que esperar otros tres años para que Él le hiciese alcanzar la *unión mística*. Aconteció por medio de una

¹⁵ RAIMUNDO DE CAPUA, o.c., p. 79.

experiencia espiritual que es conocida como «trueque de corazones». El beato Raimundo de Capua nos dice:

«Un día, en el fervor de su oración, [Catalina] decía con el Profeta: “Crea, Señor, en mí un corazón puro, y renueva en lo más íntimo de mí ser el espíritu de rectitud” (Sal 51,12¹⁶), y suplicaba a nuestro Señor que se dignase quitarla su propio corazón y voluntad. Al punto la pareció que su Esposo se la presentaba, la abrió el costado izquierdo, la arrancaba su corazón y se lo llevaba, de tal suerte que dejó de sentirlo en su pecho. Fue esta visión tan a lo vivo y sintió ella tan de veras el efecto, que al referirla al confesor, le aseguró que realmente no tenía corazón. [...] Algunos días después, hallándose en la capilla de la iglesia de los frailes Predicadores donde se reúnen las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo¹⁷, quedóse allí sola para más prolongar su oración; y cuando se disponía a volver a su casa, repentinamente se vio cercada de una luz que bajaba del cielo, y entre los resplandores se la apareció el Salvador, que en sus sagradas manos traía un corazón rojo y brillante. Conmovida con tal presencia y resplandor, se postró inclinada hacia la tierra. Nuestro Señor se acercó, la abrió de nuevo el costado izquierdo y la introdujo el corazón que traía, diciéndola: “Hija mía queridísima: el otro día te cogí tu corazón; hoy te doy el mío: él te servirá en adelante”. Y dichas estas palabras, la cerró el pecho» (II, 6)¹⁸.

Aquí cobran todo su sentido aquellas palabras de san Pablo que hemos parafraseado anteriormente, pues desde aquel momento *no era santa Catalina sino Cristo quien vivía en ella* (cf. Gal 2,20). Catalina lo vivió como una «muerte mística», pues sintió que moría su yo interior (su ego) y éste era reemplazado por Cristo. Y así, efectivamente, el Esposo cumplió el deseo de su esposa, alcanzando la perfección espiritual.

VIVIR LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL

Pocos son los autores que se han aventurado a hablar sobre lo que se experimenta al alcanzar la perfección espiritual. El motivo es muy sencillo: es difícil expresar con palabras humanas una experiencia que es divina, pues es el propio Cristo quien la propicia. Por fortuna, el teólogo fray Juan

¹⁶ En el texto original pone, erróneamente, Sal 4,42.

¹⁷ Las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo eran comunidades de laicas dominicas que se habían consagrado a Cristo. En Italia se llamaban «mantelatas» por el manto negro que cubría su hábito blanco. Santa Catalina formaba parte de la comunidad de mantelatas de Siena, por eso ella acudía a esa capilla de los dominicos a orar.

¹⁸ Ibid., pp. 137-139.

Taulero hizo un gran esfuerzo por narrar a sus hermanas dominicas cómo vivía él dicha experiencia o, dicho de otro modo, cómo disfrutaba su alma del banquete nupcial con su Esposo, en lo profundo de su corazón. Lo hace en el *Sermón 56*:

«Pero quizás alguien pregunte dónde viven o qué hacen esos hombres a los que se ha concedido y revelado este gozo inefable y estas maravillas. Con toda seguridad, se sumergen en el abismo de su nada de un modo inefable. Y si fuera posible hundirse cien veces en la nada por amor y alabanza a Dios, lo harían con enorme gozo; frente a la sobrecogedora majestad del Ser supremo, por amor a Él desearían regresar al no-Ser [de su naturaleza humana], y desde la elevación del Ser [divino] hundirse en la más profunda nada [en el fondo de su alma]. Pues cuanto más conocen la majestad de Dios, tanto más perfectamente comprenden su propia pequeñez y su nada. En ese profundo anonadamiento, ellos se despojan tan radicalmente de sí mismos que, si Dios quisiera concederles [la gracia de poder vivir] este consuelo y esta experiencia, rehusarían y huirían de ello. Pues si quisieran obtener más [de esa experiencia divina] con voluntad deliberada, no les iría bien y podría ocurrir que por ello cayeran en algún pecado que debieran purificar después en el purgatorio, y esto sería signo de que las cosas no van como debieran. La facultad del amor debe estar sedienta y deseosa de [esa experiencia], pero la razón y el discernimiento huyen de ella. Como a esos hombres les posee una sed ardentísima de padecer, ahora la pasión y la cruz [que Dios les ha dado] les resultan más gratas y deseables que cualquier gozo o consuelo que han recibido de Dios, y por eso siguen las huellas y el dulce ejemplo de su amado Señor animados por el deseo de padecer del modo más duro, ignominioso y penoso que pueda soportarse. Tienen una sed intensísima de cargar con la cruz [que Dios les ha dado] y abrazan la amorosa Cruz de su Amado con amor y gran deseo interior» (S 56, 5)¹⁹.

En conclusión, si queremos madurar espiritualmente, debemos fomentar nuestro deseo de estar con Cristo. Podemos desear unirnos interiormente a Él, como santa Teresa, san Juan de la Cruz y santa Catalina, o podemos desear colaborar con Él predicando, estudiando o realizando actividades docentes o caritativas. Lo importante es que nunca dejemos de desear a nuestro Amado. Así podremos experimentar en este mundo un anticipo del Reino de los Cielos, que es de lo que trata la parábola de las diez vírgenes.

¹⁹ TAULERO, o.c., pp. 588-589.